

PALADIO, HESQUIO, ESTEBAN Y OTROS
SOLITARIOS DE SINA ¹

Paladio era sacerdote del monte Sina, y sólomente es conocido por una carta de consuelo que le dirigió san Gregorio el Grande en respuesta á la que le habia enviado por medio de Simplicio que iba á Roma. El piadoso solitario habia sido atacado por lenguas maldicientes que le habian afligido mucho. Con este motivo le escribe el santo Pontífice una carta muy tierna y adecuada para afirmar en la paciencia á los siervos de Dios, que tienen la desgracia de ser blanco de las lenguas malignas y maldicientes. « Nos hemos informado, dice este gran Santo, por medio de nuestro hijo Simplicio de la causa de vuestra affixión. Vuestra caridad no necesita de nuestras palabras para consolaros, pues el que es la Verdad por esencia ha dicho: *Si llamaron Beelzebub al Padre de familias, ¿cuanto más á sus domésticos?* ² *Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí ántes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; más porque no sois del mundo, ántes yo os escogí del mundo.* ³ . Entiende por el mundo á los que tienen afecciones carnales y son amantes del siglo. Como no ignorais estos oráculos, nos admiramos que os dejeis abatir de dolor por las palabras de los hombres. Ya se nos alabe, ya se nos ofenda, no hagamos caso de lo que se nos dice, sino de lo que es

¹ S. Juan Climaco, Vit. PP. Juan Mosch.

² Math. x, 25.

³ Joan. xv, 18-19.

verdad. Si se nos alaba sin haberlo merecido, aflijámonos; pero si se nos ofende sin motivo, regocijémonos. ¿ De qué nos servirían todas las alabanzas de los hombres, si nuestra conciencia estuviese manchada? ¿ Porque hemos de estar tristes, cuando nos acusan los hombres, miéntras que nuestra conciencia está tranquila? *Nuestra gloria, dice san Pablo, es el testimonio de nuestra conciencia en simplicidad de corazón y en sinceridad de Dios* ¹. *El que es testigo de mi conducta, dice también el santo patriarca Job, está en el cielo.* ² Puesto que tenemos un testigo fiel en el cielo, y otro en el fondo de nuestro corazón, ¿ qué más podemos desear? En su consecuencia, despreciemos las necedades que se digan de nosotros: pues los murmuradores y calumniadores son como los que soplan á la tierra, y levantan polvo que, entrando en sus ojos, les impide ver la verdad. Conveniente es, sin embargo, advertirles sin emoción y con caridad, y procurar apaciguarles en lo posible para impedir, como dice Jesucristo, que se escandalicen; pero si rehusan rendirse á la verdad, podemos consolarnos con el ejemplo de nuestro Señor: pues cuando sus discípulos le dijeron, *Maestro, ¿sabes que los fariseos se han escandalizado, cuando han oido tus palabras?*, les respondió: *Toda planta que no plantó mi Padre celestial, arrancada será de raíz. Dejadlos: ciegos son y guías de ciegos, y si un ciego guía á otro ciego, entrambos caerán en el hoyo* ³. El Apóstol dá también este excelente consejo: *Si ser puede, quanto esté de vuestra parte, teniendo paz con todos los hombres* ⁴. Notad que dice *si ser puede*, con lo cual dá á entender que es cosa difícil, y añade *en quanto esté de vuestra parte*, pues si

¹ II Cor. I, 12.

² Job. xvi, 20.

³ Math. xv, 12-13.

⁴ Rom. xii, 18.

conservamos sentimientos de caridad para con los que nos odian, aún cuando ellos no quieran vivir en paz con nosotros, no dejaremos por nuestra parte de conservar con ellos la paz á los ojos de Dios. Por lo que á vos toca, hijo carísimo, conservad la de vuestro corazón en todos los sucesos, acordándoos siempre de estas palabras de la sagrada Escritura: *Guarda tu corazón con toda custodia, porque de él procede la vida*¹. »

« Os hacemos estas advertencias en testimonio del amor que os profesamos, y os suplicamos que rogueis por Nos al Señor, para que nos proteja contra los espíritus de las tinieblas y contra la malicia de los hombres perversos. Nos hallamos rodeados de males por todas parte en la peregrinación de esta miserable vida, y podemos decir con el Profeta: *En ti, Señor, he esperado: no quede yo corrido para siempre: en tu justicia líbrame y escápame, inclina á mí tu oreja y sálvame*². Roguemos al Señor que nos sostenga su gracia, á Nos en medio del mundo, y á vos en el desierto: pues en todas partes nos tienta la serpiente. Despues que ésta hizo caer al hombre en el paraíso terrenal, ¿ qué lugar puede haber inaccesible á sus perniciosas sugerencias? No tenemos otro recurso que el de nuestro Salvador, al que debemos clamar incesantemente: Sed nuestro refugio y asilo, para que no perezcamos. En nombre del Príncipe de los Apóstoles os enviamos una capucha y una túnica: recibidlas con los mismos sentimientos de caridad que nos animan al enviáros las. »

Esta carta de san Gregorio Magno nos demuestra, de una parte, la profunda humildad y grande caridad de este insigne Pontífice, y por otra, la singular estimación que profesaba á este piadoso religioso del monte Sinaí.

¹ Prov. iv, 23.

² Pr. LXX, 1-2.

Lo que vamos á decir de Hesiquio, llamada el Corebita, lo sabemos por san Juan Clímaco, que lo conoció y trató personalmente. Moraba este solitario en el monte Oreb, que se halla próximo al de Sina, como hemos dicho en otro lugar. Pasó una gran parte del tiempo de su retiro en la negligencia y sin cuidarse de su salvación, hasta que una grave enfermedad puso en peligro inminente su vida. Durante más de una hora se creyó que estaba muerto; pero volviendo en sí, rogó á san Juan Clímaco y á otros religiosos que estaban presentes, que se retirasen. En seguida cerró la puerta de su celda, en donde permaneció doce años sin hablar á nadie, y no sustentándose más que de pan y agua. Se ocupó durante todo este tiempo en reparar en su memoria lo que Dios le habia hecho ver en el tiempo que estuvo casi muerto, y que habia sido un verdadero éxtasis. Su pensamiento estaba tan fijo en esta meditación, que no variaba de posición, guardando un silencio, profundo y derramando constatemente lágrimas. « Cuando vimos que iba á morir, dice san Juan Clímaco, rompimos su puerta, y le rogamos que respondiese á algunas preguntas que le hicimos, pero se excusó con estas palabras: Perdonadme, hermanos míos: no puedo deciros otra cosa, sino que el que tiene grabado en su espíritu el pensamiento de la muerte no puede nunca pecar. Quedamos todos admirados de ver la gran mudanza que se habia obrado en este religioso, ántes tan negligente y relajado. Lo depositamos solemnemente en el cementerio próximo á la aldea, y cuando volvimos algunos días despues, no encontramos su cuerpo, queriendo sin duda Dios manifestar con este hecho milagroso cuán perfecta habia sido su penitencia, y cuán agradable la habia sido. »

Hablando el mismo Santo de las lágrimas de la penitencia, refiere otro ejemplo, distinto del anterior y que llenó

de grande temor á los religiosos que lo presenciaron. « Nada, dice, es tan adecuado para persuadirnos de la necesidad que tenemos de llorar nuestras faltas, como la historia que voy á referir. Un religioso, llamado Estéban, y que vivía hacía mucho tiempo en el monasterio, se hizo celebre por sus ayunos y lágrimas, y por haber enriquecido su alma con todo género de virtudes. El deseo ardiente de una vida más solitaria le llevó á una celda del monte Oreb; pero al poco tiempo se trasladó al departamento de los anacoretas llamado Sidden, con el fin de hacer una vida más austera: pues este desierto, que se halla á unas veintitres leguas de Sina, está desprovisto de todo consuelo humano, y es casi inaccesible á los demás hombres. Después de practicar en él una rigurosa penitencia, volvió este buen anciano á su primitiva celda del monte Oreb, en donde tenia dos discípulos muy piadosos de Palestina, que poco ántes se le habian unido. Cayó enfermo de muerte, y en un arrobamiento de espíritu en que conservaba abiertos sus ojos, miraba á derecha é izquierda de su lecho, como si viese á algunas personas que le pedian cuenta de sus acciones. Respondió con voz tan alta, que todos pudieron oírle estas palabras. Sí, lo confieso, es verdad; pero no he ayunado tantos años, sino con el fin de expiar esta falta. Otras veces decía: eso no es verdad, y mentís: Otras veces se oía decir: Eso lo confieso, pero he llorado mucho, he hecho mucha penitencia, y he prestado muchos servicios á los religiosos. Por último, á otras acusaciones decía: Es verdad: nada tengo que contestar á eso, sino que Dios es muy misericordioso. »

« En verdad, continua san Juan Clímaco, que este juicio invisible y tan severo era un espectáculo que causaba horror y espanto, y lo que en él habia más terrible era que le acusaban de faltas que no habia cometido. ¡ O Dios mio! si un solitario y un anacoreta decía que nada tenia que res-

ponder á algunas faltas de que se le acusaba, aún cuando habia pasado cuarenta años en la vida religiosa y solitaria, y habia tenido el don de lágrimas; desgraciado, y mil veces desgraciado de mí! Además algunos me han asegurado como cosa muy cierta, que, cuando este religioso estaba en el desierto, daba de comer con sus manos á un leopardo. Mientras que se le pedia cuenta de su vida, se separó su alma del cuerpo, no pudiendo saberse cual fué el resultado del juicio, ni la sentencia que se pronunció. »

Habia además en el monte Sina otros dos solitarios, llamados ambos Jorge: el uno era hermano de san Juan Clímaco, y del cual no sabemos más que lo que hemos dicho al fin de la vida de este Santo. Del segundo consigna Juan Mosch un hecho milagroso, que le refirió la venerable Damiana, madre de Athenógeno, obispo de Petra y pariente del emperador Mauricio, la cual consagró su viudez al Señor en el desierto. Esta respetable abadesa dijo, pues, á Juan Mosch, que habia en el monte Sina un anciano célebre por su santidad y por la austeridad de su vida, llamado Jorge, el cual, hallándose en su celda un Sábado Santo, sintió un deseo extraordinario de ir á la mañana siguiente á Jerusalem, para recibir los santos Misterios en la iglesia de la Resurrección. Pidió al Señor con grande fervor que le concediese este deseo, y entretanto vino á preguntarle uno de sus discípulos, si queria ir á la iglesia en que se reunian los solitarios por la tarde para prepararse á la Comunión del domingo. Le respondió que iria, y que viniese á avisarle la hora de la Comunión. Permaneció en su celda hasta la hora en que se distribuía la sagrada Eucaristia en la iglesia de la Resurrección en Jerusalem. Eutónces fué trasportado á ella, y recibió este augusto sacramento de manos de Pedro, patriarca de esta ciudad. Este prelado que le conocia muy bien, quedó sorprendido al verle, y dijo á Ménas, uno de sus oficiales, que lo detuviese después

del santo Sacrificio, para que se desayunase á su mesa. Cumplió el oficial su comisión, y Jorge le respondió sencillamente, cúmplase la voluntad del Señor; pero despues de adorar el sagrado sepulcro de nuestro Señor, desapareció, y se encontró trasportado á su celda. En este momento llamó su discípulo á ella, y le anunció que se acercaba la hora de la sagrada Comunión. En su consecuencia, se trasladó á la iglesia de Sina, en donde comulgó segunda vez con los demás solitarios.

El patriarca de Jerusalém que ignoraba el camino por donde se habia ido Jorge, se manifestó quejoso de que no se hubiese detenido, y en este sentido escribió á Focio, obispo de Farán, y á los padres del monte Sinai, para que le reprendiesen por su desobediencia. Los Padres de Sina, que ignoraban la gracia que el Señor habia dispensado á Jorge, enviaron á tres religiosos, sacerdotes eminentes, á saber, Estéban de Capadocia, Zozimo y Dalmacio Romano, para asegurar al patriarca que Jorge no habia salido de la montaña, y que el domingo de Resurrección habia comulgado con los demás religiosos en su iglesia. El mismo Jorge escribió justificándose, pero sin declarar el milagro que Dios habia obrado en su favor, y contentándose con decir: No quiera Dios, Padre mio, que yo desobedezca vuestras órdenes. Y añadía: debo anunciaros que dentro de seis meses nos encontraremos en la otra vida y en la presencia de nuestro Señor Jesucristo. Los sacerdotes comisionados entregaron esta carta al patriarca, juntamente con otra del obispo de Farán, en la cual declaraba este prelado, que hacia cerca de setenta años que no salia Jorge de su desierto. Sin embargo, el patriarca tomaba como testigos á los obispos y clérigos que se hallaban presentes, cuando Jorge se acercó á la sagrada Mesa, en que él mismo le dió la santa Comunión, y todos los demás le dieron á besar la paz. Por último, se cumplió la predicción

de Jorge: pues murió á los seis meses, así como el patriarca, hacia el año 546.

Zozimo el Ciliciano, otro de los religiosos del monte Sina, se retiró muy jóven á esta soledad, y pasó despues á la de Ammoniaco, á donde le llevó Dios, para que diese sepultura á un santo anacoreta. Referia este suceso á Juán Mosch y á Sofronio, su discípulo, de la siguiente manera: « Habiendo llegado á Ammoniaco con pensamiento de permanecer allí, encontré á un anciano que dijo ántes de saludarle: ¿ Que venís á hacer en este lugar, Zozimo? no podeis permanecer aquí. Yo me arrojé á sus pies; y le supliqué que me dijese como me habia conocido. Me respondió que, dos ó tres dias ántes, se le habia aparecido un hombre, diciéndole, que vendria á este lugar un solitario, llamada Zozimo, y que no le detuviese, porque estaba destinado á ser obispo de Babilonia, en Egipto. El anciano se retiró un poco de mí, y pasó dos horas en oración. Al cabo de este tiempo me abrazó tiernamente, y me dijo que Dios me habia enviado para que diese sepultura á su cuerpo. Le pregunté cuanto tiempo hacia que moraba en este desierto, y me contestó que hacia cuarenta y cinco años. A su vez apareció su rostro tan resplandeciente, cual si fuera de fuego, y añadió: « Hijo mio, quedad en paz y orad por mí. » Dichas estas palabras se recostó, y entregó su espíritu al Señor. Yo le di sepultura, glorificando el nombre santo de Dios. » De este modo refirió Zozimo á Juán Mosch como habia descubierto á este santo solitario.

Volvió á Sina despues de haber practicado este acto de caridad, y de allí pasó al desierto de Porfirita, en donde permaneció con un discípulo llamado Juan, y en donde encontró á otros dos solitarios, llamado el uno Pablo de Galacia, y el otro Teodoro. Este habia sido educado en el monasterio de san Eutimio, y todos permanecieron juntos cerca de dos años, hallándose retiradas sus celdas como

unos dos estadios. Durante este tiempo, hallándose un día sentado su discípulo Juan, fué mordido por una serpiente, y murió. Esta desgracia le causó suma aflixión, y para consolarse, pasó á las celdas de Pablo y Teodoro, los cuales, al verle tan angustiado, comprendieron la causa, y se trasladaron á la celda del muerto, resucitándole. En seguida le dijeron : Padre mio, id á Sina, porque Dios quiere confiaros el gobierno de la Iglesia de Babilonia. Hizolo así acompañándole su discípulo, y habiéndole enviado algunos días despues el superior del monasterio con otros dos religiosos, á que evacuásen algunos negocios en Alejandría, les detuvo el patriarca Apolinar, y los hizo obispos, á Zozimo de Babilonia, á Pablo de Heliópolis, y á Teodoro de Leontópolis¹. Durante algunos años ejerció las funciones de su cargo pastoral, que dimitió en su vejez para volver á su celda del Sinai.

Habla también Juan Mosch de un solitario de Sina, llamado Orento, que en una ocasión reprendió con mucho celo á los oficiales de la iglesia de este desierto, con motivo de algunas faltas que no explica este historiador. Dice que le referian los Padres del monasterio de Sina, que, habiendo entrado un día en la Iglesia con la túnica vuelta del revés el abad Orento, que era un santo anciano, y estando de pié en el coro, le llamaron la atención los oficiales. Entónces el santo abad, valiéndose de la autoridad que le daba la edad, les respondió : Habeis trastornado todas las santas costumbres del Sina, sin que nadie os reprenda, y no po-

¹ Hemos dicho en el tomo anterior que Babilonia de Egipto se hallaba situada á la orilla derecha del Nílo, y en el nacimiento del gran canal que se dirige desde el Nílo al golfo de Arabia. Heliópolis estaba situada á 11 kilómetros N-N-E del Cairo. De ella no quedan más que ruinas. Leontópolis pertenecía al Bajo Egipto, así como Babilonia y Heliópolis. Existe aún, y se le conoce con el nombre de Tel-Essabé. Heliópolis debió su nombre á un templo consagrado al sol, y Leontópolis á un ídolo que tenia cabeza de león.

deis tolerar que yo traiga mal puesta la túnica. Reparad ante todo los desórdenes que habeis introducido, y despues repararé yo la falta que notais en mi hábito.

JUAN EL SILICIANO, EL ABAD ANDRÉS,
MÉNAS, DANIEL, Y TEODORO, RELIGIOSOS
DE RAITHA. — LOS DOS GREGORIOS

Hemos dicho que san Juan Clímaco escribió su excelente obra de la *Escala santa* á ruegos de Juán, abad de Raitha, y á quien este Santo tributa grandes elogios. Entre otras cosas admira su humildad, pues, siendo tan capaz de instruir á los demás, se dirigía á él para su edificación y la de sus religiosos; pero aún más que su profundo conocimiento de las cosas santas, reconocia la excelencia de su mérito en la práctica de todas las virtudes.

— Créese que este bienaventurado abad es Juán el Ciliciano, de que ya hemos hablado, y las máximas que le atribuye Juán Mosch en su *Prado espiritual*, confirman lo que dice san Juán Clímaco acerca de las luces con que el Señor le habia favorecido.

El desierto de Raitha se hallaba habitado por religiosos muy respetables por su edad y por sus virtudes, cuando vino a consagrarse en él al Señor. Habia ancianos que durante setenta años no se habian alimentado más que con yerbas y dátiles, y esto confirma lo que hemos dicho en la vida de san Nilo.

Allí pasó setenta y dos años en los trabajos de una vida la más austera, y tuvo grandes tentaciones que sostener de



Joy. de Gandon sculp. Paris

Grawe delin.

1.^o Abad Andrés.
El Abad Andrés.

Tome 5.